brazos y queriendo fingir que no se conmovía; estamos en pleno drama.

La vieja, como quien dice: «esto no va conmigo», se había vuelto á parar á la puerta de la calle, mientras por la interior asomaban multitud de cabezas y de caras que mostraban á legua la curiosidad.

CAPILLA ALFONSINA

III

Sin novedad

MARGARITA llegó á México, y allí recibió de manos de Murillo los cápsules que debía conducir al campo republicano.

La vigilancia de la policía francesa era increíble: nada salía por las garitas sin un escrupuloso registro, y ¡desgraciado de aquel á quien se le llegaba á encontrar algo que infundiera sospechas á los gendarmes! la Corte Marcial daba muy pronto cuenta de su persona.

Margarita determinó jugar el todo por el todo: compró unos burros viejos á unos carboneros, y en los aparejos repartió la carga; dos muchachos de confianza que la habían acompañado desde Zitácuaro se disfrazaron de carboneros, llenándose la ropa, las manos y la cara de

ese polvo menudo que llaman cisco las mujeres, y se lanzaron resueltamente á las calles, arreando sus burros.

Mientras no salían del centro de la ciudad había muy poco que temer, nadie paraba en ellos la atención; mas conforme se iban acercando á la garita, la duda, el temor y la zozobra iban siendo mayores, y aquellos muchachos se habrían desalentado á no haberles animado Margarita.

Las mujeres, en lo general, son tímidas; pero cuando llegan á decidirse ningún hombre puede igualarlas en resolución.

Adán tuvo al alcance de su mano la célebre manzana y sólo Eva tuvo valor para cortarla. Un hombre no se atrevería á casarse si las obligaciones en el matrimonio estuviesen invertidas. Hay monjas, porque las monjas son mujeres: los hombres no tendrían valor ni resolución para hacer y cumplir esos votos.

Llegaron, por fin, á la garita: unos soldados tomaban perezosamente el sol, sentados sobre unas piedras, y unos oficiales platicaban bajo un portal con unas mujeres, y compraban dulces que les ofrecía un vendedor en un cajoncito cubierto con una servilleta blanca como nieve; frente á la oficina de la garita había mulas, burros y carretones, que sufrían el doble y escrupuloso registro de la Aduana y de la policía: los conductores, sentados también en las piedras, en los postes, ó en los mismos

CAPILLA ALFONSINA

carretones, esperaban con una paciencia, que si no era verdadera, al menos estaba perfectamente imitada, que les dieran el superior permiso para continuar su camino.

Todo esto se hacía, por supuesto, «para evitar contrabandos y proteger así al comercio, impidiendo el desequilibrio en la balanza mercantil, con fraude y perjuicio del erario, que es la gran fuente y el centro de la circulación». ¡Dios se lo perdone á los economistas y á los legisladores!

Nuestros conocidos se escurrían bonitamente por aquel gentío, deslizándose, ya entre los sencillos carretones de leña, ya entre los pesados carros que venían del interior con lana, ya entre las gordas y soberbias mulas que llegaban de Morelia con azúcar y piloncillos, ó ya entre los pobres borricos que del rumbo de Santa Fe traían carbón, tablas y tejamanil.

Pero uno de los soldados logró verlos, cuando ya casi estaban en salvo.

—¡Ahí se van pasando unos burros de carbón! gritó por una ventanita que daba al camino y correspondía por dentro al despacho del alcabalero.

Margarita sintió que se le hundía el mundo á sus pies; los muchachos habrían corrido, si se hubieran sentido con fuerzas para ello; un empleado de pantalón color de huevo, chaqueta de alpaca gris y sombrerito de fieltro, salió de la oficina, buscando como un toro en el redondel

adónde debía dirigir el golpe, y á pocos pasos vió á Margarita con sus muchachos y sus burros, que se habían detenido al escuchar la denuncia del soldado.

—¡Hola, pícaros! ¿conque se quería estafar el peaje?

—No, señor, dijo temblando uno de los muchachos.

—¿Pues para qué se pasaban?

—¡Si no nos pasábamos! Lo que sucedió fué que por allí no podíamos acercarnos.

—Bueno, bueno: debían ser dos reales por cuatro burros; pero ahora por la multa, serán diez.

—¡Pero, señor!...

—No hay pero, bribón: diez reales, ó les embargo los burros.

Margarita comprendió que dar luego la multa sería hacer entrar en sospechas al garitero, y prefirió fingir.

—¡Señor, somos muy pobres... no nos íbamos á ir... siquiera cuatro reales no más!

—¡Que pobres, pobres, y con cuatro burros y un caballo! Ustedes siempre tienen dinero y siempre se lloran pobres; donde lloran está el muerto. A ver, á ver los diez reales, que tengo que hacer.

—¡Señor, por vida de usted, por vida de los niños!

—¡Si yo no tengo niños!

—¡Por vida de su mamá!

—Vamos... yo no tengo madre.

—«Ni madre tiene», dijo maliciosamente un soldado

que escuchaba el diálogo. Todos los otros soldados soltaron una carcajada, porque entre los soldados no tener ni madre, es como estar destituído de todo lo bueno en el mundo es como ser un perdido.

El garitero volvió con enfado la cabeza para ver quién había dicho el chiste; pero el soldado no le hizo caso.

—¿No dan los diez reales? Pues que metan los burros á la Aduana, dijo tomando por el ronzal á uno.

—Sí, señor, sí, señor, contestó espantada Margarita: entrégalos, dijo á uno de los muchachos.

El muchacho se desató una de las puntas de su faja, y en ella estaba envuelto y anudado cuidadosamente un poco de dinero; serían tres pesos: tomó diez reales, y los entregó al empleado.

—¿Qué tal? dijo éste; ¿no decían que estaban tan pobres? Ustedes son llevados por mal, y el que se vuelve miel, se lo comen. Váyanse: ahora fueron diez reales, pero otro día pierden sus burros; conque largo de aquí.

La caravana volvió á emprender su marcha.

Caminaron todo el día, hicieron parada en un rancho, y muy temprano salieron. A cosa de las nueve pasaron por un pueblito: era domingo, el pueblo estaba en animación, daban la segunda llamada para la misa. En los pueblos se llama á misa tres veces, y en cada vez dura la llamada un cuarto de hora.

Al frente de algunas casas, en la calle, había grandes hogueras en donde se calentaba agua en respetables calderos de cobre. Allí la escena era curiosa: muchachos, mujeres, hombres y perros, formaban un círculo en derredor del caldero; el dueño de la casa, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, y lleno de sangre, con un enorme cuchillo en la mano, entraba y salía, atizando el fuego, sin hacer caso de nadie; y suspendido por los pies, de un morillo que se apoyaba contra una de las paredes, derramaba la última gota de su sangre el inocente mártir de aquella función, un gordo y bien cuidado cerdo.

Los cerdos se matan en los pueblos los domingos, y en ese día se alborotan los gastrónomos rústicos, porque hay chicharrón, y carnitas, y longaniza; y los muchachos, consentidos del dueño de la matanza, tienen facultad de echar un pedazo de pan á freirse en aquel inmenso lago de manteca.

Los escuderos de Margarita eran antojadizos, y en premio de su fidelidad, fué preciso consentirles que se detuviesen á comprar algo de todo aquello, para que siguieran más contentos.

A los ocho días de camino descubrieron el cerro del Cacique, y Zitácuaro apareció á los ojos de la ansiosa Margarita como el faro de salvación.

Había cumplido su encargo, y estaba salvada.

Llegaba, como dicen los soldados... «sin novedad».

CAPILLA ALFONSINA

IV

Lo que pasó en Zitácuaro

MARGARITA había faltado tres meses de Zitácuaro, y cuando volvió á verlo se horrorizó.

En donde antes se levantaba la ciudad alegre y bulliciosa, quedaba sólo un montón de ruinas ennegrecidas por el humo, y entre las cuales brotaba ya la calabacilla silvestre y la malva: alguno que otro vecino cruzaba por aquel campo de desolación, y una que otra familia vivía entre aquellos escombros, en chozas improvisadas de madera y de ramas.

Los pueblos que formaban los alrededores, tan laboriosos y tan patriotas, habían desaparecido también, y en toda la extensión que alcanzaba la vista no se descubría ni un rebaño de ovejas, ni una yunta, ni siquiera un caballo paciendo sobre la hierba. Soledad, tristeza y desolación.